

Afecciones de la Iglesia terrenal o pese a la enseñanza de Jesucristo

Compromiso con el mundo

La amada Iglesia de Jesucristo en su aspecto más puro –como la Iglesia que propaga el evangelio que “no es de orden humano”, sino fue recibido y aprendido “por revelación de Jesucristo” (Gal 1: 11-12)-, se manifestó en la tierra sólo durante los primeros tres siglos de la era cristiana, cuando como tal fue perseguida. Naturalmente, pertenecer a ella en aquellos tiempos no parecía muy atractivo o prestigioso para la gente común, ya que comportaba un riesgo para la vida. Por eso las personas poco creyentes, ambiciosas y utilitaristas no aspiraban entrar en ella. La situación comenzó a cambiarse radicalmente desde el año 313, cuando Constantino –en aquel entonces emperador sólo del Imperio romano occidental, y pocos años después, también imperador del imperio romano oriental- firmó el conocido “Edicto de Milán”. En su esencia este documento significaba un compromiso entre el estado y la Iglesia que desde ese tiempo perdió parte de su libertad interior. Lo sucedió porque hacia la Iglesia se lanzaron los aprovechadores, ajenos al Espíritu de Jesús. Eran aquellos “falsos hermanos” que aun antes, según el apóstol Pablo, a veces se infiltraban en la Iglesia para espiar la libertad que tenía en Cristo Jesús, con el fin de reducirla a esclavitud (Gal 2: 4). Y lograron hacerlo con astucia, como antaño la serpiente logró, también con astucia, seducir a Eva. En resultas, si antes los cristianos se consideraban muertos para el mundo o ajenos a él, recordando las palabras de Jesús: “*No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo - la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas - no viene del Padre, sino del mundo. El mundo y sus concupiscencias pasan; pero quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre.*” (1 Jn 2: 15-17) y también: “*Mi Reino no es de este mundo.*” (Jn 18: 36), ahora, avalados por el apoyo del estado y libres de las persecuciones, quisieron hacer comfortable su vida temporal en este mundo que, en realidad (y contrariamente a sus afirmaciones), empezaron a percibir ya como su mundo. Naturalmente, ese cambio -que fue resultado de un proceso muy lento y oculto, aunque prosperando rigurosamente,- debilitó la Iglesia, pues la misma comenzó, así, a servir a dos amos – a Dios y al mundo a la vez, a la Jerusalén celestial y al Egipto terrenal, al Espíritu de Dios y a los espíritus de la carne humana.

Mientras tanto Jesús decía:

“Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero.” (Mt 6: 24)

A ese doble servicio el apóstol lo denominó hipócrita o “irresoluto” y a los “hombres irresolutos” invocó a purificar sus manos, limpiar sus corazones y acercarse a Dios, para que Él también se acerque a ellos. (St 4: 8). Diciendo “irresolutos” él se

refiere a la presencia simultánea en ellos tanto de la fe en Jesucristo como de la búsqueda de bienes materiales. Y ya que su unificación es principalmente imposible, pues una niega a la otra, la misma es una hipocresía que revela el doble ánimo de la Iglesia, porque, efectivamente, en el servicio de doble ánimo el que siempre se atiende con más diligencia es el servicio al mundo, al Egipto (mamona) y a la carne. Sobre las consecuencias fatales de tal servicio bifurcado que adoptó la Iglesia, había advertido aún Sirácida que dijo:

“¡Ay de los corazones flacos y las manos caídas, del pecador que va *por senda doble!*” (Si 2: 12)

Esa senda doble es la sabiduría de este mundo contrapuesta a la sabiduría de Dios. Bien separándolas los apóstoles decían:

“Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales. El hombre naturalmente ¹ no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio, el *hombre de espíritu* lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para instruirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo.” (1 Cor 2: 12-16).

Pero al entrar en el compromiso con el mundo, la Iglesia, de hecho, voluntaria- o involuntariamente comenzó a conciliar la mente de Jesús con la mente de los sabios de este mundo, buscando, por ejemplo, la confirmación de la “mente de Jesús” por los descubrimientos científicos de los sabios de este mundo, es decir, concediendo la supremacía a la ciencia terrenal que paulatinamente se convirtió en el centro principal de la vida de los cristianos, tanto más que la fe es una hazaña que no todos pueden ejecutar, pues exige vivir, según el espíritu, haciendo morir las obras de la carne. Como dice el apóstol:

“si vivís según la carne, moriréis. Pero si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis. En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios.” (Rom 8: 13-16) “Ahora bien”, aclara él mismo en otro lugar, “las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios.” (Gal 5: 19-21)

Entonces, surge la pregunta, ¿si se puede servir a Dios sin hacer morir las obras del cuerpo? No, - decían los apóstoles. Sí, - parece decir tácitamente la Iglesia Católica, aunque ya sólo la presencia del celibato en ella lo contradice. Sí, - dicen las Iglesias Protestantes también tácitamente, negando, de este modo, que llevan el morir de Jesús en sus cuerpos, de lo que habla el apóstol Pablo diciendo: **“Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús**, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.” (2 Cor 4: 10). No, - dice únicamente la Iglesia Ortodoxa, aunque prácticamente tampoco sigue a este principio.

Todo lo dicho atestigua que la Iglesia terrenal, quizás, sin darse cuenta, intenta a

¹ Según el sentido del párrafo y también según las otras traducciones, aquí sería más correcto traducir “el hombre natural”, pues está contrapuesto al “hombre de espíritu”

conciliar lo Divino con lo mundano en beneficio de la carne pecadora que no conoce y no quiere conocer ninguna hazaña de la fe. Pero, como anotan los apóstoles, sin esta hazaña no se consigue aun ni una corona corruptible. Efectivamente, para hacer un descubrimiento en la ciencia, los científicos, poseídos por una idea, viven con la vida de los devotos, pues sin la entrega total, sea a lo que sea, no se logra nada de valor incluso en la vida terrenal.

“Los atletas se privan de todo”, advierte el apóstol Pablo; “y eso ¡por una corona corruptible!; nosotros, en cambio, por una incorruptible. Así pues, yo corro, no como a la ventura; y ejerzo el pugilato, no como dando golpes en el vacío, sino que golpeo mi cuerpo y lo esclavizo; no sea que, habiendo proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificado.” (1 Cor 9: 25-27)

Eso es lo que significa vivir, según el espíritu. Pero el mundo no lo acepta, nada de abstención, ni hazaña.

¿Se puede, acaso, conciliar lo que vivifica con lo mortífero? Y si la Iglesia Ortodoxa al negar categóricamente esa conciliación, no obstante, vive en ella a pesar de su propia enseñanza, la Iglesia Católica y las Iglesias Protestantes, a su vez, no sólo no la niegan, sino, además, consideran que los sufrimientos en la tierra no son imprescindibles y que los bienes terrenales son un don de Dios, dejando en la subconciencia el hecho que el bautismo significa el sepulcro del cuerpo, sin el cual no hay resurrección en Cristo.

“Mirad “, dice el apóstol, “que nadie os esclavice mediante la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo. Porque en él reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente, y vosotros alcanzáis la plenitud en él, que es la Cabeza de todo Principado y de toda Potestad; en él también fuisteis circuncidados con la circuncisión no quirúrgica, **sino mediante el despojo de vuestro cuerpo mortal**, por la circuncisión en Cristo. **Sepultados con él en el bautismo**, con él también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que resucitó de entre los muertos.” (Col 2: 8-12).

La intransigencia del cristianismo se revela también en las siguientes palabras de Jesucristo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.” (Mt 16: 24-25).

Pero a pesar de esto, por ejemplo, la Iglesia Católica dice que el Señor quiere que seamos felices en la vida terrenal, y con este decir confunde a las personas, porque el deseo de la felicidad en la tierra ata al hombre con el mundo y entonces la obtención de esta felicidad prometida se convierte en su objetivo principal, contrariamente a las siguientes palabras de Jesús: “El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida *en este mundo*, la guardará para una vida eterna.” (Jn 12: 25).

Odiar su vida en el mundo significa ver toda la verdad oculta del mismo, es decir, ver el mal, en que el mundo yace, y estar siempre dispuesto a sacrificar su vida terrenal en el nombre del Señor y de la eternidad. “Los que quieran verme y llegar a mi reino deben poseerme por tormentos y por aflicciones”, citan las palabras de Jesús los Padres de la Iglesia.² Y es porque un hombre justo no puede alegrarse, cuando su prójimo está mal, cuando está mal el Señor Mismo Quién dijo: “Por los enfermos estoy enfermo y por los hambrientos hambriento, y por los sedientos sediento”,³ pues, como explicó el apóstol,

2. Sentencias atribuidas a Jesús por los Padres de la Iglesia, y que constaban en Evangelios apócrifos, cuyo texto se ha perdido, Nº 10.- Ver: Evangelios apócrifos, Ediciones Libertador Bs.As. 2003, p. 319

3. Sentencias atribuidas a Jesús por los Padres de la Iglesia, y que constaban en Evangelios apócrifos, cuyo texto se ha perdido, Nº 5. Ver: Evangelios apócrifos, Ediciones Libertador Bs.As. 2003, p. 319

“Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte.” (1 Cor 12: 26-27). Además, la salvación misma se realiza a través del sufrimiento. “Si somos atribulados,” dice el apóstol, “lo somos para consuelo y salvación vuestra; si somos consolados, lo somos para el consuelo vuestro, que **os hace soportar con paciencia los mismos sufrimientos que también nosotros soportamos.**” (2 Cor 1: 6). Significa que el Señor quiere que compartamos los sufrimientos de los que sufren, quiere que les ayudemos y no pasemos el corto tiempo de nuestra vida terrenal divirtiéndose y gozando. “Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo” (Gal 6: 2), dice el apóstol Pablo.

Pero el cristiano contemporáneo no quiere ni dolores ni suplicios. Cierra sus ojos al verlos, para que no se aflige y no se acorte por eso su vida terrenal que tanto ama y la que intenta alargar por todos los medios, como si no tuviera ninguna otra vida, además de ella. Y ese su deseo se conforta por todos los logros de la medicina contemporánea, particularmente, por el más fatídico de ellos, a saber, **el trasplante de los órganos**, que hace al hombre traspasar muchos límites morales y en contra de que aun no ha salido ninguna Iglesia. Significa que él ama su vida terrenal más que a Dios y de ninguna manera no quiere perderla, incluso si su conservación –aunque sea temporal- esta vinculada con la muerte del otro, pues **el que espera la donación de órganos, en realidad, espera la muerte de alguien y la desea sin admitirlo, hasta en su locura implora a Dios por ella ni siquiera advirtiéndolo el sacrilegio que comete.** En otros términos, este creyendo no cree, sino finge creer; sabiendo no sabe y entendiendo no entiende los mandados de Jesucristo. Su único deseo es conciliar lo carnal con lo divino.

Y la culpa de todo esto tiene la Iglesia “irresoluta” que va por dobles sendas. Sus representantes tampoco quieren dolores y suplicios. Ellos sólo aspiran una vida tranquila y confortable, “ya que”, como dice el apóstol, “todos buscan sus propios intereses y no los de Cristo Jesús.” (Fp 2: 21). Y lo hacen a pesar de que el apóstol Santiago les aclare: “¡Adúlteros!, ¿no sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que desee ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios.” (St 4: 4) y Jesús prediga: “Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres.” (Mt 15: 7-9)

Entonces, son precisamente los “preceptos de hombres” por los que la Iglesia cambió la severidad de la palabra intransigente de Jesús. Esos preceptos humanos son los que se convirtieron en los preceptos confesionales que fracturaron la Iglesia., según las diferencias teológicas ideadas y según los rituales, aunque el legado de Jesús fue sólo propagar el Evangelio. Pues Él había dicho a sus apóstoles:

“Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación.” (Mc 16: 15) Ésta es la tarea principal de la Iglesia.

Pero alterando la enseñanza del Salvador para ajustarla con los elementos del mundo y de la carne, la Iglesia, parece no temer al juicio del Señor y no asumir plenamente las siguientes sus palabras:

“«No todo el que me diga: "Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial. Muchos me dirán aquel Día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?" Y entonces les declararé: "¡Jamás os conocí; apartaos de mí, agentes de iniquidad!"” (Mt 7: 21-23)

La divergencia entre la enseñanza eclesiástica y la de Jesucristo paulatinamente corrompe al creyente. En el sentido bíblico esa corrupción se iguala al regreso a Egipto, pues se resulta que para la Iglesia el poder material y las autoridades científicas

volvieron más confiables que el Espíritu Santo al que no ve y por eso su fe se hizo sólo verbal. Así que hoy, igual que en los tiempos antiguos, el Señor podría decir de sus representantes lo que una vez había dicho por la boca del profeta Isaías refiriéndose a sus hijos: “bajan a Egipto sin consultar a mi boca, para buscar apoyo en la fuerza de Faraón y ampararse a la sombra de Egipto.” (Is 30: 2).

La fuerza del Faraón es la fuerza del poder terrenal, la fuerza del bienestar material, bajo cuya “sombra” se amparan tanto los eclesiásticos como la mayor parte de los parroquianos. Ya casi no existen en las Iglesias quienes podrían decir que “estiman como riqueza mayor que los tesoros de Egipto el oprobio de Cristo” (Hb 11: 26), porque los intereses “egipcios” en la Iglesia se atienden con más diligencia que los de Dios.

En actualidad las afecciones de la Iglesia se profundizaron hasta tal punto que la misma ya comenzó a proclamar la idea de la transformación y salvación del mundo, ajena a Jesús, porque en esencia, esconde el deseo de la conservación del mundo mortal y de la mortalidad, mientras que el Salvador dijo que este mundo debe pasar *para que se revele la vida oculta con Cristo en Dios* (Col 3: 3).

Pero en la imaginación de un cristiano que se alejó de Jesús, el aspecto del mundo terrenal comenzó a fusionarse con el del mundo prometido, por lo que vemos que en la Iglesia junto con los verdaderos apóstoles -como regla, de poco poder- se anunciaron los falsos apóstoles -como regla, poderosos, de los cuales se ha dicho:

“Esos tales son unos falsos apóstoles, unos trabajadores engañosos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo. Y nada tiene de extraño: que el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz. Por tanto, no es mucho que sus ministros se disfracen también de ministros de justicia. Pero su fin será conforme a sus obras.” (2 Cor 11: 13-15) - Conforme a sus obras, es decir, conforme a sus frutos, por los cuales se puede conocerlos. **“Por sus frutos los conoceréis”**, dijo Jesús. “¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo árbol bueno da frutos buenos, pero el árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos.” (Mt 7: 16-18).⁴

Pero ¿cómo lo haría un pobre parroquiano? si por la bendición de la Iglesia su prioridad es su vida terrenal, si se quedan incomprendidas las siguientes palabras del apóstol: “Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios” (Col 3: 1-3) y si la Iglesia misma piensa a la vez en las cosas de arriba y en las de la tierra – en las últimas, además, con la preferencia, porque no se siente “muerta” para la vida terrenal en el nombre del Señor

Naturalmente, también en la conciencia de muchos la imagen del hijo de perdición, del Hombre impío, se fusionara con la imagen de Jesucristo Salvador, cuando su adversario, como lo predijo el Señor, se eleve “sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta el extremo de sentarse él mismo **en el Santuario de Dios y proclamar que él mismo es Dios.**” (2 Tes 2: 3-4).

Pero ¿como entonces debería permanecer la Iglesia en la tierra? El apóstol así contesta a esta pregunta:

“Os digo, pues, hermanos: El tiempo es corto. Por tanto, los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen. Los que lloran, como si no llorasen. Los que están alegres, como

4. A pesar de esto he escuchado muchas veces que la moralidad del sacerdote no es tan importante, porque el también es un hombre pecador, sino lo que es importante es sus acciones litúrgicas. Son ellas las que salvan. Diciendo así revelan su creencia en la *magia* de las acciones sacerdotales, la que ponen encima de la palabra de Dios.

si no lo estuviesen. Los que compran, como si no poseyesen. Los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen. Porque la apariencia de este mundo pasa.” (1 Cor 7: 29-31).

En otros términos, la Iglesia debería vivir **sin apegarse a nada terrenal y pasajero** y siendo “resucitada con Jesús” buscar las cosas de arriba y pensar en las cosas de arriba y no en el bienestar de la vida terrenal, como lo hacen los gentiles que no conocen a Dios.